

Ocurrió en Valencia

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Hace ya unos años, no muchos, cuatro o cinco serán, Ricard Pérez Casado, alcalde de Valencia que recientemente ha dimitido del cargo por voluntad propia, vale decir, sin presiones de su propio partido, sino por desacuerdo con las directrices de la *Generalitat* valenciana en materia de urbanismo de la ciudad, me llamó por teléfono. El Ayuntamiento había decidido quitar de la hasta entonces llamada *Plaza del Caudillo* una estatua a caballo del dictador. Pero un grupo de nostálgicos del antiguo régimen, los blaveros (azulones, mejor que azules, sería la traducción castellana), se oponía a ello, empleando la violencia física. Ricard Pérez Casado quería que sus amigos demócratas supiésemos que él no se echaba atrás, y que el adfeso escultórico se iba de allí. Eso fue lo que finalmente ocurrió, y no sin fatigas, pero a la llamada de mi amigo el alcalde, respondí, casi de inmediato, con el siguiente epigrama, titulado *Agravio público*, para que circulase por Valencia: «*El general fue un hombre odiado / y aún sigue ahí su estatua ecuestre: / es indignante y no por su crueldad / sino porque él fue siempre un pésimo jinete.*»